

FERNANDO GARCÍA CALDERÓN

LA  
JUDÍA  
MÁS  
HERMOSA

algaida



© Fernando García Calderón, 2006, 2023  
© Algaida Editores, 2006, 2023  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
ISBN: 978-84-9189-853-5  
Depósito legal: SE. 863-2023  
Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

Que aquel que sepa reír no se demore. El mañana...

( ) Sevilla ..... 13

... El mañana es una charca cenagosa donde nada...

I	Don Diego Susón.....	19
II	Susana de Susón.....	25
III	Susana y Helena.....	32
IV	Los reyes en Sevilla.....	38
V	Helena y las Gradadas.....	50
VI	La fiesta de los duques de Medina Sidonia....	61
VII	Los inquisidores toman Sevilla.....	70
VIII	La decisión.....	77
IX	Los amantes.....	84
X	Los apresamientos.....	92
XI	Los interrogatorios.....	100
XII	El auto de fe.....	106

... donde nada flota por siempre. De locos es...

XIII	El convento de Santa Inés.....	115
XIV	La otra Sevilla.....	126
XV	En casa de doña Paula Guión.....	136
XVI	La mancebía.....	148
XVII	Inundación y peste.....	156
XVIII	Agonía de fray Alonso de Hojeda.....	165

XIX	El amor de don Hernando de Aguilar .....	176
XX	Alcalá de Guadaíra .....	185
XXI	El burdel .....	198
XXII	Los gitanos .....	210
XXIII	Muerte de Roque Bilardo .....	219
XXIV	La fortuna .....	228
XXV	Alonso de Guzmán .....	237
XXVI	El Descubrimiento de Sevilla .....	252
XXVII	Don Pedro González de Mendoza.....	264
XXVIII	El viaje a Toledo.....	274

... De locos es tentar a la voluble Fortuna, pues solo la Muerte...

XXIX	Susana en Roma .....	287
XXX	Las gestiones de Miguel Alemán.....	298
XXXI	El teólogo Vicentini .....	308
XXXII	Casa en <i>piazza Venezia</i> .....	318
XXXIII	Ante el papa .....	329
XXXIV	La canícula romana.....	342
XXXV	La rueda de la diplomacia .....	355
XXXVI	En batalla .....	366
XXXVII	O César o nada .....	379
XXXVIII	El dolor de un pontífice.....	390
XXXIX	El veneno del miedo .....	405
XL	Las armas de la debilidad .....	414
XLI	Fantasmas en Roma .....	427
XLII	El infante romano .....	436
XLIII	Campanas de boda .....	449
XLIV	Hallazgo y partida.....	458

... pues solo la Muerte acaba triunfando.

XLV	La calavera .....	471
-----	-------------------	-----

*A Fernando García Santacruz,  
mi padre.  
Sin su idea originaria,  
su empeño bibliográfico  
y su generosidad,  
esta obra no conocería la luz.*



*Que aquel que sepa reír no se demore.  
El mañana...*



( )

## SEVILLA

... briosa ciudad extraña  
el mi corazón se baña  
en ver vuestra maravilla  
muy poderosa Sevilla  
guarnida de alta compañía.  
ÁLVAREZ DE VILLASANDINO

**E**N EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XV, SE DECÍA QUE NACER en Sevilla era un don, un signo visible del efecto que la Providencia obra en el alma del elegido, comparable a uno de los siete sacramentos. Lo pregonaban los párrocos y también los pícaros que leían futuros perfectos en la palma de la mano, hermanándose en glosar las virtudes de un bautismo regado con agua del Guadalquivir y buen vino de las cuencas limítrofes. De ahí que sevillanos de toda condición se tuviesen por seres tocados por la gracia de un Dios generoso y un tanto arbitrario, que los protegía de la parca y sus huestes.

Sevilla, la fundada por Hércules, la antigua Hispalis romana, la Ixbilia árabe que fue cuna del erudito san Isidoro, era en aquellos días una amalgama de costumbres y credos. Rodeada por una magnífica muralla provista de torres y barbaca-

nas, con seis puertas veladas por marciales guardias y otras seis más cerradas a cal y canto, destacaba como una de las mayores ciudades europeas de realengo. Perteneciente a la monarquía poderosa de Castilla, lucía con orgullo su artístico alminar, el más airoso de cuantos poblaban el mundo musulmán de entonces, su bellissimo alcázar y muchos palacios, iglesias, monasterios y conventos. Su esplendor se auguraba largo, y buena prueba de ello era la catedral en construcción, espectacular desde los mismos cimientos.

Poseía Sevilla una agricultura y un comercio florecientes, con campos que proporcionaban frutos y trigo. Olivares y viñedos competían en extensión. Se decía que a ella llegaban cinco ríos: de agua, de leche, de vino, de aceite y de miel. A occidente, al pie de sus murallas, corría el verdadero; un Guadalquivir navegable, arteria principal para la expansión de sus ingenios y mercaderías. Y más allá, haciendo oídos sordos al bullicio, reposaba la tranquila Triana, lugar entre tres brazos fluviales, de rica vega y fértiles huertos, de humildes artesanos, con su castillo y su concurrida iglesia de Santa Ana, que el rey sabio, Alfonso X, mandase edificar en cumplimiento de una promesa. Triana, ayudada por su transitado puente de barcas, se sentía cada vez más cerca del corazón de la ciudad. Las nieblas del amanecer, esas gasas con las que el gran río vestía a sus dos caprichos, Sevilla y Triana, difuminaban las distancias.

Es en esta época cuando dos nobles pendencieros, el duque de Medina Sidonia, un Guzmán, y el marqués de Cádiz, de la familia de los Ponce de León, mantienen reyertas sobre sus predios y ensangrientan las calles amparándose en que el Fuero Juzgo, texto legal de origen visigodo por el que las justicias sevillanas habían de librar los pleitos, no era de aplicación en gente de alto linaje. Tales eran sus pugnas que, en una de ellas, el marqués prendió fuego a la iglesia de San Marcos

y después se hizo fuerte en las collaciones de Santa Catalina y San Román. Ambos, rebeldes a la Corona, acostumbraban a desobedecer cualquier mandato, por humano o divino que fuese. Frailes y clérigos, por su parte, se avenían a la situación. Sabían a qué árbol arrimarse y reemplazaron los grandes dogmas de fe por un relajamiento bien recibido por la ciudadanía. Solo unos pocos desentonaban y, entre ellos, el más fiero: fray Alonso de Hojeda, prior de los dominicos de San Pablo y orador que, con perseverancia y mucha hoguera del infierno, fue ganándose a las multitudes. Arremetía contra cuanto se le antojaba, pero su especialidad eran los judeoconvertos. Su madre acababa de fallecer de fiebres tercianas, lo que había agriado su carácter y elevado la virulencia de sus sermones contra los descendientes de David, a los que decía oír blasfemar a las puertas mismas de la casa de Dios. A este dominico de buena oratoria lo escuchaban cristianos exaltados, en número creciente, fomentando el clásico odio contra los considerados la raza maldita, aquella que quedó señalada en el Gólgota de la crucifixión.

Con todo, los judíos que principian nuestra historia habían sabido vivir al margen de diatribas, adaptándose al ritmo de la próspera ciudad. Ocupaban puestos de relevancia en los cabildos y se dedicaban al comercio, a las finanzas, a ejercer de médicos o boticarios. Por sorprendente que resulte, algunos hasta llegaron a pertenecer a la nobleza o a convertirse en miembros destacados de órdenes religiosas de la época. Entre los más influyentes, sobresalía don Diego Susón.



*El mañana es una charca cenagosa  
donde nada...*



# I

## DON DIEGO SUSÓN

**D**ON DIEGO SUSÓN, DE BUENA ESTATURA, NARIZ LARGA Y curvada, ojos penetrantes, negros como las noches de luna ciega, llevaba en la frente la marca de una arruga profunda. Vestigio del suceso más doloroso, justificaban los allegados. La marca de Caín, maliciaban los enemigos, que también los tenía.

En su juventud Diego vivió en la judería, donde se había criado puerta con puerta con Manuel Sauli. Juntos habían asistido a la escuela y compartido juegos y adolescencia. Juntos soñaron porvenires que, con esfuerzo y pundonor, vieron cumplidos. El primero en contraer nupcias fue Sauli, que selló la mutua amistad matrimoniando con Miriam, la hermana de Susón. Dos años más tarde, en 1461, casó este con una bella judía de la familia Salom, llamada Sarah, que Sauli le presentase. Sarah hacía honor a su nombre con un porte de princesa y una hermosura serena, sin edad. La boda fue muy festejada y congregó a las más insignes personalidades. Todo salió a pedir de boca y Susón, invertido de carácter, dio rienda suelta a sus emociones.

Al final del convite, cuando los invitados ya partían, aconteció lo nunca visto. Un viento terrible, que sopló durante no

más de media hora, derribó con estrépito una parte del cercano Alcázar real y arrancó de raíz cincuenta de sus naranjos, provocando la caída de las almenas que miraban a la huerta y cortando en seco la parte alta de su torre. El susto fue tal que quedó grabado como una señal de mal agüero en la memoria de los comensales. También en la del resto de los sevillanos, pues, amén de lo dicho, el vendaval arrambló con no pocos tejados, la techumbre de tres iglesias y veinte arcos de los Caños de Carmona, el acueducto que abastecía de agua la ciudad.

A Susón, enamorado, aquella furia de los meteoros no le importó en demasía. La olvidó durante los meses siguientes, enfrascado en sus ocupaciones y en unos deberes conyugales que cubría con auténtica pasión. Solo tenía ojos para Sarah, y Sarah ganaba en amabilidad y belleza. En algo más de un año llegó la buena nueva: estaba encinta. El embarazo, no obstante, no se presentó bien por culpa de su débil constitución. Los continuos vómitos y dolores preocuparon al físico Ruy Pérez, que velaba por la salud de los Susón con fraternal entrega. Según lo dispuesto en los tratados hipocráticos sobre la dieta y la naturaleza de la mujer, recomendó que tomara en ayunas la flor del romero con pan y que en las comidas principales no ingiriese alimento que procediera de animales grandes, para evitar que el niño saliera con un volumen desaconsejable para tan delicado organismo. Ella aguantó los rechazos de sus vísceras sin expresar la menor queja, deseosa de parir el vástago que prolongase la heredad de Susón. Cuando sobrevino el ansiado momento del parto, Sarah alumbró una niña sana y ruidosa. Desgraciadamente, los temores del médico se vieron cumplidos. La madre murió a causa de una hemorragia intensa, que no pudieron cortar ni taponando con lienzos mojados en agua de vulneraria. Desde aquel día, Diego creyó en augurios y maldiciones.

Los amigos se arremolinaron al correrse por Sevilla la noticia de tan luctuoso desenlace. Con el ocaso, Diego ordenó que lo dejaran a solas en la cámara donde yacía el cuerpo amortajado. La difunta, aún sin la rigidez de la muerte, conservaba su apostura. Susón, hundido en su pena, pasó la noche hablándole. Abrumado, llegó a oír de sus labios la siguiente sentencia: «Nuestra hija nos unirá por siempre. No le escatimes tu ayuda».

Con las primeras luces de una mañana tan triste como soleada, se iniciaron los preparativos del sepelio. Informaron con discreción de la hora y el camposanto elegidos, para no sufrir la vigilancia de cristianos beligerantes, seguidores de fray Alonso de Hojeda. El entierro tuvo lugar, según la tradición, en suelo virgen, en el cementerio judío cercano a la Puerta de Minjoar. Susón, después de echar una paletada de tierra en la tumba, recitó el kaddish con voz trémula. Los muchos asistentes comentaron el rencor con que pronunció aquellas palabras. El correr de los días, tras las exequias, no trajo la calma al viudo atormentado. Las ventanas de la casa fueron cegadas para que la luz no penetrara. Así debían permanecer hasta el siguiente shabat, de acuerdo con los mandamientos del ritual hebreo. Y así permanecieron casi dos semanas más. Abatido, abandonó sus ocupaciones y se encerró en una alcoba que conservaba la fragancia y los recuerdos de la amada. En soledad, lloró su desconsuelo. Había durado tan poco su dicha. Era tan injusta aquella muerte. Él, que había conseguido reconocimiento y riqueza, no pudo hacer nada por la que más quería. No sirvió ser rabino ni recitar salmos y oraciones para alterar los designios de la muerte.

Miriam y Sauli, sus hermanos, fueron los únicos a los que se franqueó el portón de aquella funesta morada. Con Susón enclaustrado, víctima de la desesperación, Sauli se ocupó de los negocios cuanto le fue posible. Miriam siempre estuvo

muy unida a su protector Diego. Sintió su pena como propia, pero, resuelta como era, no dudó en hacerse cargo del gobierno de la casa y, sobre todo, del cuidado de la niña. Había parido su segunda hija dos meses antes y amamantó a la recién nacida mientras buscaba los servicios de una nodriza. No era tarea fácil la elección de una buena nodriza en aquellos días. Hasta media docena de candidatas llegó a rechazar. Unas, por sus cabellos claros o sus fealdades, pues un aserto popular achacaba a las rubias mal aliento y a las poco agraciadas el ser presas de la ira, influyendo negativamente en la crianza; otras, porque habían sido esclavas o por su origen árabe, lo que de por sí suponía causa de desistimiento. Finalmente, escogió a Jacinta, rolliza aldeana de Osuna, recia de cuadriles, lozana y limpia. Era una soltera de veintidós abriles que había encadenado desgracias. Expulsada de su hogar por un padre, cortador de mieses y pisador de uvas, que se sintió mancillado en su honra, había perdido la criatura en el parto. A pesar de ello, destacaba por su afabilidad y abnegación, amén de otras virtudes de mayor trascendencia. Para empezar, la doncella carecía de la menstruación, lo que se consideraba indispensable, lucía un cabello castaño, ensortijado y vigoroso, y no presentaba dolencias de la piel ni otras enfermedades. Al examinar Miriam sus mamas, las halló generosas, firmes y veteadas por venas de aspecto azulado. Sus pezones, oscuros y salientes, ofrecían una leche de color blanco mate y buen olor y sabor. La creencia general estimaba que el líquido de las ubres era sangre que el organismo de la madre modificaba en su apariencia y textura, y que en caso de resultar no adecuada transmitía inclinaciones perversas. De ahí la importancia de la elección. Jacinta fue la más idónea.

Jacinta tomó a la niña como si se tratase del hijo que perdió. Le daba de mamar con la regularidad deseada, la lavaba

con agua bien cocha, aromatizada con flores silvestres para que se criase sin costras ni sarna, la untaba con aceite de sésamo. «El sésamo ablanda las carnes y el corazón», solía decir. Sus nanas, con el sentimiento que ponía en ellas, enternecían a cuantos las escuchaban. Miriam se enorgullecía de haber acertado.

—Manuel, hemos atinado con el ama de cría —le soplabá al oído al esposo—. Es hacendosa, su leche contenta a la niña y... ¡hasta canta!

—Sí que hemos atinado, sí —respondía Sauli subrayando el plural—. Y —añadía con femenino falsete— como escribió el sabio Avicena, cantos, música y el pecho en la boca del niño.

—Cállate, tonto, y deja de imitarme.

Miriam, a pesar de los pequeños juegos y chanzas con el marido, mostraba una honda preocupación por su hermano. Apenas probaba algún bocado de las viandas que le hacía llegar. Tampoco salía de su encierro. Una noche pegó la oreja a la puerta de la alcoba. No se oía el más mínimo ruido. Temerosa, llamó. Con suavidad, empleando la palma de la mano. Nada. Insistió, con los nudillos. Tantos fueron sus golpes y requerimientos que Diego, finalmente, abrió.

—Permite, Miriam, que purgue mi desconsuelo con la tranquilidad y el silencio debidos —fueron sus primeras palabras tras las honras fúnebres.

La hermana no pudo contener su sorpresa al observar que su frente había sido escindida por una arruga, aparatosa como una cicatriz. Algunas canas habían brotado, asimismo, en aquella extenuante vigilia.

—Ya has purgado bastante, Diego —repuso—. Tu hija aguarda a su padre.

Susón se había olvidado de su propio retoño. El rencor, culpándola de lo sucedido, lo había apartado de ella. Sumido

en el dolor, había llegado a desentenderse del mundo. Ahora, al verla al fondo, manoteando en brazos de Jacinta, quedó conmovido. Se sintió inclinado a cogerla.

—Es una preciosidad. Tan chiquita, tan chiquita... —no se cansaba de repetir, con lágrimas en los ojos.

En aquel rostro diminuto descubría los rasgos de Sarah y retornaban a su mente las palabras que creyó oír de sus labios ya muertos. Asumió el compromiso.

## II

### SUSANA DE SUSÓN

**L**A NIÑA RECIBIÓ EL NOMBRE DE SUSANA. PRONTO, A OJOS de su padre, se halló correteando por la casa, alborotándolo todo con sus juegos, risas y llantos, propensa como era a dejarse la piel de las rodillas en el suelo. Creció feliz, bajo la atenta vigilancia de Miriam, de Jacinta y del propio Diego, que no escatimaba en el tiempo de aprendizaje de la cría. Para su tranquilidad, el parecido físico con la madre no se extendió a la salud y Susana rara vez caía enferma. Susón quiso que Sarah perdurase en el corazón de su hija. Le hablaba de ella. Fue una presencia tan constante que continuamente creía sentir sus cortos pasos, caminando de acá para allá. Creía percibir el aroma de sus afeites, su cantarina voz. Incluso, cuando entraba en el dormitorio, tenía el palpito de que se encontraba allí, sentada en su banqueta, delante de la mesita donde todavía se conservaban sus peines fabricados con marfil de África, el espejo con el mango repujado, el reloj de arena, el cofrecillo de las joyas y los frascos con pomadas y perfumes. Desapareció el rencor de sus pensamientos; la religión, postergada por el odio, volvió a ser motivo de quietud para su alma. Los viernes, antes de que comenzara el shabat, padre e hija colocaban un

recipiente con agua en el alféizar de la ventana de su dormitorio, para que el alma errante de la muy amada Sarah viniera a refrescarse. Susana, sin embargo, festejaba aquella ceremonia como algo mágico, sin relación con un judaísmo que Susón mantenía a una prudencial distancia de ella.

La casa de los Susón se alzaba en la parte noble de Sevilla. En la calle de Abades, por más señas. Poseía unos muros exteriores blancos y un portón de madera labrada con remates relucientes como el oro. Sus dos pisos, llenos de recovecos y estancias, y el desván inspiraban las travesuras de la niña. Con todo, lo más llamativo y original de la casa era el patio enlosado, verdadero lugar de reposo y meditación para don Diego. Era tal su extensión que en él convivían sin agobio una fuente poblada por pececillos rojos, un pozo de artístico brocal y no menos de cien macetas. Susón cuidaba personalmente del jazmín, junto al que solía sentarse a leer, y de las plantas de albahaca, eficaces para ahuyentar los mosquitos. En aquel patio acostumbraba a recibir la visita de los Sauli, sus parientes más cercanos, y allí acudían también Benadeba, mayordomo del cabildo catedralicio, el recaudador Miguel Alemán, padrino bautismal de Susana, y diversos amigos sin distinción de raza o credo. Tomaban la clásica infusión de hierbas y unas tortas almendradas, y, entre sorbo y sorbo, se hacían eco de los chismes más sobresalientes de la ciudad y del reino entero. Como en cualquier tertulia que se precie. Más allá del patio, tras unos arcos adintelados, se descubría un huerto coqueto, con dos higueras y varios naranjos y limoneros que perfumaban el recinto al llegar la primavera y que acogían el trino de unos pájaros sacados de los cuentos de hadas que tanto gustaban a la pequeña.

Susana y sus primas tuvieron por preceptor a Jacob Córdón, filósofo y poeta que vivía en la cercana calle de Jamerda-

na, famosa por sus tiestos y por las riñas entre vecinos. Jacob era regordete y amable. Su paciencia y su dedicación, proverbiales, resultaban muy apropiadas para el carácter más bien inquieto de las crías. Tanto Susón como Sauli querían que sus vástagos crecieran en estatura moral y en inteligencia, preparándose para un mañana prometedor. Las niñas estudiaban y escribían el castellano, lengua oficial desde que Alfonso X la implantase en todo el reino. Sus primeras lecturas fueron obras tan populares en la época como *El testamento del cochinito* Marco Gruñón Corocotta y *El diálogo de Grillo con Ulises*. En este último, un Grillo un tanto redicho trataba de convencer a su compañero de que la vida animal resultaba más grata que la de los humanos. Practicaban, con no poco pesar, la aritmética y el cálculo, y se resarcían del esfuerzo en las clases de música. Don Juan de Triana, educador de voces e instrumentista excepcional, conocía como nadie el arte de conquistar por el oído. Entre leyendas, reales o improvisadas, narraba el origen del mundo y de la armonía, las habilidades de los reyes antiguos en el manejo de los instrumentos de cuerda, la magia de las cantigas.

—Cuenta el sabio Isidoro en *Las etimologías* que, sin la música, no hay disciplina perfecta —aquí levantaba el dedo índice, como si señalase a un punto del firmamento, y bajaba la voz hasta hacerla fina, misteriosa—, porque el mismo mundo fue formado con cierta conjunción de sonidos y el cielo evoluciona gracias a la armonía.

Las enseñaba a tocar el laúd y el clavicémbalo. Y ellas se sentían dichosas por acariciar aquellas teclas llenas de duendes que se sometían, encantados, a la presión de los dedos.

La infancia de Susana transcurría con normalidad, mezclando aprendizaje y juegos. El orí, con el trasteo silencioso de los escondidos en los rincones más insospechados de la casa y

el patio —provocando la protesta de Jacinta y de toda la servidumbre—, la taba y la cuerda eran sus favoritos. Las discusiones con las tabas alborotaban la calle entera. Entre sus compañeros se contaban, cómo no, los tres hijos de Sauli, sus únicos primos carnales. Raquel, de su misma edad, era la más unida a ella en los libros y en los juegos. Aarón, un vecino poco dado a las chiquilladas y muy estudioso, centraba su admiración. Aarón tenía las cejas y las pestañas blancas, de albino, y una lengua especialmente apta para sentencias y latines. «Este muchachito juicioso llegará lejos», solía decir don Diego al escuchar sus parrafadas. Huía del sol como de la peste, medio cegato como era el pobre, pero movía los trebejos del ajedrez con madera de experto. Dos críos, algo mayores que ella, alcanzarían importancia capital con el correr de los años: Bartolomé Carpín, hijo de un judío pobre que servía al recaudador Alemán, y Matías Franco, un rapazuelo que, huérfano, vivía en y de la calle. El primero se consideraba su protector; el segundo, su confidente. Matías era muy moreno y muy delgado, escurridizo como una liebre y sabía el nombre de todas las iglesias de Sevilla, pues en todas había limosneado. Trocaba información por un mendrugo, calzado o ropa, por raída que estuviese. Utilizaba una curiosa muletilla para anunciar las nuevas: «Esta es de las que queman en la lengua». Esa frase lo acompañó de por vida. Llevaba siempre colgada al cuello una medalla, de oro decía, en cuyo reverso podían leerse las letras M y P. El secreto de su significado no lo vendía, aunque a Susana se lo confiase en una ocasión.

Por la tarde acostumbraban a ir a saltar las gruesas cadenas que rodeaban la Iglesia Mayor. La primera vez que Susana sintió de cerca la fragilidad del cuerpo humano, con verdadero espanto, sucedió allí mismo, un día que su prima Raquel cayó de mala postura y se quebró el brazo izquierdo. A gritos

rogaba que no se lo movieran. Susana no se separó de ella ni un instante. Miriam acudió corriendo al físico, Mosén Ruy Pérez, que se ganó la admiración de la niña. Experimentado *enxalmador*, colocó el miembro dañado entre unas tablillas, añadiendo un emplasto preparado con hojas de col calientes, y lo vendó bien prieto. Al mes quedó el hueso completamente sanado. Mosén seguía la escuela hipocrática y aplicaba en sus curaciones los tres grandes tratados quirúrgicos, que versaban sobre las heridas de la cabeza, las fracturas y las articulaciones. No había otro igual en Sevilla.

Susana crecía risueña y cordial. Un tanto alocada en los juegos, sin aprender del infortunio de la prima. Alcanzó la pubertad entre agasajos paternos, los desvelos de Jacinta y el cariño de sus familiares y profesores. Sus progresos en las materias que le iban impartiendo eran notorios. Geografía, historia, filosofía, retórica. Hasta clases de sintaxis latina recibió. Sus amistades de la infancia crecían con ella. Para cada cual tenía lo suyo. Con Aarón, gustaba de leer *El libro de los doce sabios*, que mandase compilar san Fernando para aleccionar a sus hijos. Con Bartolomé y Matías, se aficionó a aventurarse en el puerto. Se extasiaban observando cómo «la machina», un ingenio sin igual, cargaba y descargaba mercancías de los barcos. Contemplaban la llegada de unas galeras, con sus velas latinas desplegadas en majestuoso saludo, y la salida de otras, con las vergas enhiestas y un deslizar cansino, renuente a alejarse de la alegría de la civilización. También se dirigían al Arenal, prolongando los juegos hasta el pie mismo de la Torre del Oro. Llegado el crepúsculo, al despedirse, Matías se internaba en el montículo próximo, que con el tiempo adquiriría el eufemístico nombre de Malbaratillo, pues en realidad no era más que la aglomeración de las basuras que allí se arrojaban. En él se arremolinaban los desheredados de la Sevilla próspera y bo-

yante, a descubrir tesoros en la inmundicia. Bartolomé y Susana terminaban su periplo en el Postigo del Carbón, compitiendo por quién llegaba antes y gritaba las tres palabras preferidas de Aarón el Instruido: «Veni, vidi, vici».

Ni que decir tiene que Bartolomé, atento y de buena cabeza, dejaba que Susana ganase las más de las veces. Le agradaba su risa franca, de vencedora que no adopta los resabios de los que se acostumbran a vencer. Ella, impetuosa, se desgañitaba con el lema que Julio César acuñase en su informe al senado de Roma, tras derrotar al rey Farnaces con la velocidad del rayo.

Con frecuencia, Susana compartía alcoba y cama con Raquel. Cuando les preguntaban por su inquebrantable amistad, bromeaban respondiendo que haber mamado la misma leche unía más que la sangre. A solas, con una minúscula palmatoria por toda luz, demoraban la hora del sueño leyendo los cuentos de Calila y Dimna. Eran un conjunto de fábulas edificantes que debían su nombre a los protagonistas, dos lobos cervales, de una de ellas. Una noche, mientras reían un sesudo proverbio, Jacinta irrumpió en la alcoba. Se hicieron las dormidas, sin éxito. Traía una noticia dolorosa para Susana.

Jacinta había permanecido a su cuidado tras la lactancia. Quién mejor iba a velar por la higiene y la alimentación de la niña que la persona que la dormía cada noche con una hermosa canción de cuna. Jacinta la lavaba, la peinaba y vestía, dándole sus primeros consejos para desenvolverse entre infantes y adultos. Susana la respetaba y la quería.

—Alma de cántaro, llevo días para soltarte algo que ya no puedo demorar más —el gesto serio de Jacinta la alarmó.

—No me asustes, Jacintita —Susana utilizaba el diminutivo con cariño. También, en ocasiones, con la malicia de los críos, para acentuar el volumen de la muchacha. «Sonreír al

panadero ese y ponerte como un tonel, todo uno, Jacintita», solía bromear.

—He conocido a un buen hombre y me caso —aquí tuvo que frenar el grito de alegría de las niñas—. Me caso y me voy de Sevilla, a Osuna.

Las lágrimas de Jacinta provocaron las de Susana y su prima, fundiéndose las tres en un abrazo. Jacinta había sucumbido a los requiebros de un viudo, ya mayor, que la rondaba con delicadezas que a ella, por inusuales, le sonaron a gloria bendita. El hombre comerciaba en la provincia y venía una vez por semana a Sevilla, a distribuir sus productos.

—Niña, si no me caso ahora, ya no lo haré. Que se me pasa la edad y el humor —Jacinta se excusaba entre sorbetones.

La familia, también Susana, entendió las razones de la niña. Susón se volcó con los novios. Costeó la boda en la recoleta iglesia de San Juan de la Palma, abrió su hogar a las docenas de invitados de ambas partes, ofreciéndoles un banquete que, con tristeza, le recordó al suyo propio, y hasta otorgó a Jacinta una dote que ayudó en buena medida a hacer de su nueva morada un lugar acogedor, en el que vivió dichosa y parió una hija a la que bautizó Susana.

La despedida fue más dolorosa de lo que la propia Susana podía esperar. Jacinta la apretó con fuerza contra su pecho, besándola en la frente.

—Mi niña, no cambies. No cambies nunca —susurró en su oído al separarse—. Prométemelo —Susana, afectada, solo acertó a mover la cabeza, asintiendo.

Aquel episodio marcó el final de su infancia. Ingresó en una adolescencia que anunciaba la confirmación de su hermosura, agraciada de cara y proporcionada de cuerpo, y de su gentileza, cordial como era con propios y extraños.

### III

#### SUSANA Y HELENA

UN PAR DE MESES DESPUÉS, SUSÓN TRAJÓ A HELENA. Helena fue adquirida en las Gradas por la notable cifra de veinticinco mil maravedís. Don Diego, nada más entrar en la casa con ella, llamó a su hija. Sin mediar palabra, le entregó el documento de compra en el que figuraba como dueña, visado por un notario de la ciudad. Un papel que ataba la vida de aquella joven a la de una Susana que no pudo reprimir su sorpresa. Desde la partida de Jacinta, su padre se había propuesto, sin decírselo, encontrar alguien para la niña de sus ojos.

—Helena, si es verdad lo que se me ha referido, es la sirvienta que necesitas. No mucho mayor que tú, creceréis juntas. Te ayudará en el aseo y en las labores domésticas. Te asistirá también en tus salidas.

Acostumbrada a las maneras y gobierno de su ama de cría, no lograba entender cómo una esclava casi de su edad y sin apenas hablar su idioma podría ser algo más que un estorbo. No se trataba de un asunto baladí. Habría de aprender a auxiliarla en el baño, soportarla al levantarse y acostarse, con el mal despertar que ella tenía, organizar sus idas y venidas,

manejar sus vestimentas, ayudarla a acicalarse. En fin, todas esas faenas que hacían cómoda su actividad diaria y que, de repente, sin Jacinta, parecían trabajos herculanos. Las reticencias del principio se tornaron satisfacción al poco tiempo.

Helena era una jovencita despierta que ya descollaba por su bizarría. Sus maneras eran tan exquisitas como las de la dueña, o incluso más, delatando su alcurnia. De ojos oscuros, grecos, y cara redonda, su cabello se dividía atrás en dos largas trenzas que llegaban más abajo de la cintura. Susana la imaginaba princesa de algún reino remoto, encuadrable en una fantasía oriental, capturada por las hordas vikingas o algo semejante. Tal era su agudeza que, en menos de un trimestre, llegó a mantener conversaciones sencillas con su dueña y maestra. Tan discreta como solícita, se adaptó a las costumbres de la casa con prontitud. Sabía bailarle el agua a su ama. Sin que esta se percatase, fue relegando a Raquel como amiga íntima y confidente.

Su primer paseo juntas causó admiración. Coincidió con el día de los Inocentes. Ambas acudieron a presenciar la fiesta del Obispillo, que organizaban los mozos del coro de la Iglesia Mayor, los seises y otros alevines de clérigos. Disfrazados de obispos y demás dignidades eclesiásticas, recorrían las calles principales de la ciudad a caballo y en procesión, realizando múltiples travesuras profanas con gran contento de los muchos niños y mayores que contemplaban tan pintoresco espectáculo. El contraste entre aquella judía púber, tan blanca de tez, y su morena esclava, a cual más reluciente y bella, fue largamente comentado. La pregunta sobre la edad de la hija de Susón corrió de boca en boca hasta alcanzar la de Matías, su camarada callejero, que mintió a todos atribuyéndole unas hermosas dieciséis primaveras, floridas y alegres como solo en Sevilla se dan. Aquel tipo de broma deleitaba a una

Susana, todavía más niña que mujer, deseosa de participar en las grandes celebraciones galantes de la sociedad andaluza de la época.

El episodio que las unió, definitivamente, fue propiciado por la agudeza de Helena. Esta se extrañó de que entrara y saliera tanta gente de la casa, especialmente en horas y días señalados. Susana, poco dada a la reflexión, explicó que su padre era un hombre influyente, que asesoraba a cuantos demandaban su consejo. Aquello no acabó de convencer a Helena, que, movida por la curiosidad característica de esas edades, comenzó una vigilancia. La noche que Bartolomé Torralba, un buen amigo de la familia, visitó a Susón, corrió a despertar a Susana. Entre cuchicheos, mirando por una celosía, escucharon una conversación que dejó a la judía boquiabierta.

—El viernes pasado, amigo Diego, nació felizmente mi primogénito. Desearía que tú fueses el mohel de su circuncisión.

—Mi enhorabuena, buen Bartolomé —lo abrazó con energía, contento. Aquel hijo deseado se había hecho de rogar—. Sea como quieras. El próximo shabat lo tendré todo listo. Encárgate tú de comunicarlo a los testigos.

Las palabras circuncisión y mohel causaron impacto en Susana. Helena le preguntó su significado. Susana había estudiado los ritos y costumbres judías, pero creía que esas prácticas habían quedado arrumbadas.

—La circuncisión se efectúa a los ocho días de vida del neófito, para que no se vea apartado del pueblo de Israel, según el pacto que selló Abraham con Yahvé, su Dios. Es un precepto básico para la religión judía, pues se constituye en el medio para llegar a la perfección material y espiritual, teniendo en cuenta que el niño recibe el alma en el momento en que ocurre tal acontecimiento.

Susana recitaba aquellas frases como lo hubiese hecho con la tabla de multiplicar, sin más sentido, al tiempo que intentaba poner en orden sus ideas. Había visto rezar a su padre y a otros judíos, como los había visto acudir a la misa de los cristianos, pero jamás hubiese imaginado nada semejante. La realidad es que, tras su periodo de dolor y negación, Diego había vuelto a la ortodoxia religiosa de sus ancestros. Por su proverbial discreción y por sus profundos conocimientos de la tradición y la doctrina hebreas, fue considerado, en la clandestinidad, la cabeza visible de la religión judía en Sevilla. Susón, en cualquier caso, acumulaba antecedentes notables. Se hallaba emparentado con Abraham Seneor, preboste de la aljama de Segovia, gran rabino de toda España y futuro tesorero de la Santa Hermandad, había estudiado la Biblia y la literatura rabínica, sabía escribir en esa antigua lengua y guardaba celosamente unos rollos de pergamino que contenían la Torah. Siendo la Torah la ley fundamental de los judíos, redactada por Moisés al dictado de Yahvé, es fácil comprender la trascendencia de su portador. Susón se había ganado el respeto de la población semita de Sevilla y sus alrededores. En un tiempo en que los de su raza miraban con envidia la permisividad de que hacían gala Toledo y sus autoridades, en un tiempo en que las sinagogas de la judería habían sido dedicadas al culto cristiano con las denominaciones de parroquias de San Bartolomé, Santa Cruz y Santa María la Blanca, su casa se convirtió en improvisado templo. En un sótano acondicionado con sobriedad, debajo del patio trasero, celebraba toda clase de ceremonias.

En un primer momento, Susana pensó en pedir explicaciones a su padre. Pero luego, aconsejada por Helena, decidió esperar y ver qué pasaba realmente. Las dos prolongaron su espionaje hasta el shabat, sin descubrir nada sospechoso. Llegado el día, a eso de la media tarde, entraron en la casa doce

personas. Una mujer traía al recién nacido en sus brazos. Dirigidos por Susón, se adentraron en el patio, hasta el lavadero del fondo, y bajaron por una trampilla camuflada en el suelo. Susana y Helena, que los habían seguido con sigilo, escucharon cómo el último se quejaba.

—Hay que ver, los que nacieron de las catacumbas y pregonan la misericordia y el perdón nos relegan a ellas.

Por un respiradero pudieron oír y observar, a medias, cuanto acontecía. El recinto, de unas seis varas de lado, se alumbraba con gruesos velones. La madrina le entregó el niño al padrino. Este lo puso en brazos del padre, que pronunció unas palabras.

—Expresan la adhesión de su hijo al pacto de Abraham —explicó Susana—. Fíjate, ahora lo pasa al sandak.

—¡Es tu padrino Miguel! —en efecto, se trataba de Miguel Alemán, que, solemne, se sentaba para cumplir su parte del rito—. ¿Y la silla vacía que hay a su vera? —preguntó.

—Es para el profeta Elías, el ángel de la ceremonia.

El mohel, don Diego, recitó la bendición —al hamilá, la llamó Susana—. Tomando un cuchillo, de forma y mango especiales, muy afilado, procedió a cortar el prepucio de la criatura. Lo llevó a cabo con gran habilidad, descubriendo el glande de su mucosa y dejando salir un poco de sangre purificadora. Después procedió a su vendaje y depositó en tierra la piel cortada.

—Ahora bendecirá el vino —aclaró Susana para que Helena no se marchase a la cama todavía.

Se acercaba el instante de otorgar nombre al pequeño. Don Diego elevó el tono de su plegaria.

—... Dios nuestro y de nuestros padres, haz que viva este niño para su madre y su padre —se detuvo un momento tras el ruego—. Se llamará Jonás —concluyó con cierta fatiga, co-

mo si le faltara el aire. Helena miró a Susana con gesto de no haber entendido lo principal.

Los participantes, tras los últimos parabienes, bebieron de la copa de vino casher; un vino que, al estilo del de misa, posee un carácter simbólico pero se sube a la cabeza como el que más. De ahí a las canciones, solo restaba un paso. Y lo dio Sauli, popular por sus ocurrencias. Ni las fisgonas, ocultas tras la tupida rejilla, lograron contenerse.

Susana despertaba a un mundo que hervía en el patio, bajo sus pies menudos. Su enojo menguó con las explicaciones de su padre, fáciles de prever. Lo judío, a pesar de que muchos clérigos y autoridades eran permisivos, se hallaba en entredicho, siendo conveniente mantener en el anonimato ciertas ceremonias.

—Sé que has estudiado los hechos y costumbres de nuestro pueblo, pero no todo se puede poner en manos de una niña como tú, de rápida lengua. Aquí vives como una princesa y la ciudad entera te parece edificada a tu medida. No es oro cuanto reluce. El asalto a la judería, años antes de que nacieras, nos alertó sobre una realidad que no debe ser olvidada. Hay cristianos, también judíos, que nos quieren por interés y nos odian por el mismo motivo. Muchos de los que se dicen amigos no son tales y muchos de los que parecen indiferentes son enemigos encubiertos. Enemigos de los que, deliberadamente, he pretendido preservarte.